

amenazas de violenta muerte que le seguían, por las pasiones que tantos intereses y tantos poderes heridos suscitaban á una en su contra; mas seguro de sí mismo, convencido de prestar inapreciables servicios á la revolucion religiosa, menospreciador de la vida cuando se hallaba en conflicto con la honra, salióse de Zurich á la callada, sin decir palabra ni á su misma esposa, en las altas horas de la noche, seguido del afecto de un amigo fiel y confiado en la providencia de un Dios misericordioso. Su desaparicion de la ciudad republicana causó grandísima extrañeza. Sus enemigos propalaron que se habia marchado con gran golpe de bandidos; sus amigos creyeron que le habia cautivado Satanás. Pero, llegado á Basilea, escribió al consejo, de quien no se habia despedido siquiera, y reclamó recursos para su provechosísimo viaje.

El 6 de setiembre, Zuinglio se embarcó en el Rhin y tardó doce horas en llegar á Estrasburgo desde Basilea. Despues de haberse detenido en una y otra ciudad para tratar los asuntos políticos y religiosos con sus correligionarios, dirigióse al castillo donde llegaron tambien Lutero y los suyos, no sin protestas y tardanzas muy propias para ofender y disgustar á los suyos. Colocado entre ambos contendientes, procedió el soberano de Hesse con gran prudencia para evitar los choques tremendos y á consecuencia de ellos las enemistades irreparables. No quiso que se vieran los dos contendientes sin que él antes hubiese preparado los ánimos y roto ó por lo menos dulcificado las tristes asperezas. Conociendo la violencia del carácter de Lutero, temió un rompimiento. Así puso al dulce Ecolampadio en compañía del reformador aleman, y al dulcísimo Melanchton en compañía del reformador suizo para que uno y otro reconciasen los ánimos enemistados y trajesen la paz y la concordia. Comenzaron primero las conferencias secretas que bien pronto se convirtieron en públicas á petición de Zuinglio y contra el parecer de Lutero, parecer bien extraño, cuando él mismo habia lanzado á la conciencia pública la controversia teológica contestando en aleman á las obras latinas de Zuinglio. Por fin el señor de Hesse decidió que las conferencias se tuvieran en presencia de algunos eruditos doctores y de algunos expertos y altos magnates.

La cuestion rodaba siempre sobre el tema exclusivo de la Cena. Lutero se atenia con su tenacidad incontrastable al texto del Evangelio. Cristo dijo:

hé ahí mi cuerpo, y no habia manera de sacarle ni con los mas perspicuos argumentos de tan claro texto. Así, cuando le ponian delante de los ojos cualquier objecion, contestaba que no se apartaria de tal letra ni en el canto de su uña. Observábale con acierto Ecolampadio que se reclinaba en una petición de principio, resolviendo la cuestion por la cuestion misma; y contestaba que lo escrito estaba escrito. Creer, replicaba Zuinglio, que Cristo nos da en comida su cuerpo es creer lo imposible, porque Cristo mismo nos ha dicho que la carne no sirve para nada, sino lo que sirve para todo es el espíritu. Sea en buen hora, exclamaba Lutero, mas yo oigo que me manda comer su carne y me la como, cual si me mandara comerme el estiércol me comeria el estiércol. La disputa se envenenó poco á poco; y como Zuinglio al citar un texto contra la interpretacion material de la Cena dijese que tal texto le rompía la cabeza á Lutero, se airó en términos éste que hubo necesidad de suspender la conferencia.

No llegaron á entenderse. A las cuestiones relativas al texto sucedieron las cuestiones relativas á la localizacion del cuerpo de Cristo. Los partidarios de Zuinglio sostenian que el cuerpo de Cristo se hallaba en el cielo y los partidarios de Lutero sostenian que el cuerpo de Cristo se hallaba en el cielo y en el sacramento. Luego, las dos doctrinas diferian tambien ¡ah! en que la doctrina luterana se inclinaba naturalmente al predominio de la fe sobre la razon, y la doctrina helvética se inclinaba al predominio de la razon sobre la fe. Preparaba de esta suerte la vasta inteligencia del reformador aleman una religion para las sociedades jerárquicas y monárquicas, mientras la vasta mente del reformador suizo preparaba una religion para la democracia, para la libertad y para la república. Lutero, comprendiéndolo así, al separarse de Zuinglio, tuvo la osadía de decirle que no se habia convencido por miedo al populacho de Zurich. Zuinglio rechazó la injuria con dulzura y se abrazó á su doctrina con gran perseverancia.

Así en cuanto se reunió la Dieta de Augsburgo, presentó el reformador helvético su doctrina semi-democrática y semi-racionalista que tanto se apartaba de la doctrina semi-católica y semi-monárquica de Lutero. Por tal carácter suscitó tanto la cólera de los revolucionarios como la cólera de los católicos. El dulce y comedido Melanchton llegó á decir que Zuinglio



estaba loco. Y Eck le llamó turco, tártaro, hunno, filisteo, Antíoco, Nabucodonosor, salvaje, feroz, cruel, y gigante, pidiendo que fuera con todos sus discípulos arrojado al fuego. Tales pasiones debían producir tarde ó temprano una guerra. El armisticio que siguió á los primeros combates, pensado y convenido en favor de los católicos, resultó favorable á los protestantes. Neuchatel entró en las ciudades santas empujada por el impulso y el pensamiento de Farel. Glaris se abrazó á la Reforma. La ciudad de San Gall, revolucionaria de antiguo, no pudo llevar á la revolucion á su campiña dominada por el abad de poderoso monasterio. Pero Zuinglio consiguió que esta dominacion se modificase y que un gobierno menos teocrático dirigiese sus destinos. Ginebra, herida por el duque de Saboya, y los Grisones por Santiago de Médicis heridos, recibían auxilios de sus confederados en la revolucion, con lo cual se adelantaban y perfeccionaban cada día mas las grandes trasformaciones religiosas. El Emperador comprendía que aquel corto territorio helvético estaba destinado á poderosa influencia y ponía singular empeño en aplastarlo. Zuinglio no se equivocaba, cuando veía relampaguear la guerra universal y enviaba emisarios y embajadores al Dux de Venecia y al Rey de Francia.

Los pensamientos é ideales que agitaban su vasta inteligencia traían por necesidad un rompimiento en armas con todos los mantenedores de las instituciones antiguas. En este gran desacuerdo la fuerza material del número se hallaba del lado de la revolucion. Y el gobierno federal, la Dieta legislativa, el Estado, en una palabra, mantenía la reaccion. Por esas combinaciones, muchas veces extrañas, pero naturales en la variedad propia de las repúblicas federativas, votábase por cabezas ó cantones en los Congresos ó Dietas. Y como los católicos eran cinco y tres los protestantes, aquellos dominaban sobre estos, aunque tenían estos doble número de habitantes y de ciudadanos. Quería Zuinglio que se contaran en las Dietas los diputados según la poblacion y no según los cantones. Viéndose amenazados estos, comenzaron á provocar la guerra y á traer grandes y pavorosas dificultades. Zuinglio aconsejó que las ciudades protestantes se armaran rápidamente y precedieran en el combate á las ciudades católicas. Pero aquellas vacilaban y por consejo de Berna, muy amiga de la paz, decidieron cerrar los mercados de sus diversas

plazas en vez de abrir los campos de la guerra. En cuanto vió el reformador esta indecision de las ciudades que debían estar mas decididas, sintió venir-se encima del alma una larga noche terminada por su inevitable muerte. Mil veces en sus últimos sermones aparecieron estos tristes presentimientos. La clausura de los mercados en los cantones protestantes llevó el hambre á los cantones católicos, y el hambre trajo la guerra. El 10 de octubre de 1531 la liga reaccionaria estaba en Zug armada de ocho mil lanzas, sorprendiendo á la quieta y confiada Zurich. No había medio de improvisar un ejército frente á tal ejército congregado con tanto tiempo y tantos recursos. En vano el consejo se dirigía con grandes instancias á los ciudadanos y tocaban á rebato desde las altas torres las sonoras campanas. Setecientos hombres reunidos de improviso, sin plan y sin concierto, salieron de Zurich á la desbandada y llegaron al campo enemigo en tropel desordenado y confuso. Zuinglio iba en calidad de sacerdote junto á la bandera del pueblo. Una piedra le hirió la cabeza y le derribó del caballo. Aunque el golpe sufrido fuera mortal de necesidad, no murió en aquel momento y pudo aceptar su agonía como aceptara Cristo su Pasion. Tendido bajo un árbol, agonizaba con las manos plegadas sobre el pecho y los ojos puestos en el horizonte, cuando varios soldados de la reaccion se le acercaron, le reconviniéron primero con grandes injurias y le atravesaron el corazón con sus sables. Los horrores engendrados por las pasiones de aquel tiempo tenían tal intensidad que no fué ni perdonado su cadáver. Arrojárónle á una hoguera en compañía de un cerdo para que fuese inmundo hasta el suplicio inferido á inanimados restos por aquellas feroces hienas. Las cenizas de su cuerpo quizá quepan en el hueco de la mano, pero las ideas de su alma no caben, no, en el espacio de la tierra.